

# TEDI LÓPEZ MILLS

## *Verdad a medias*

Aún no he aprendido a distinguir  
las partes del espíritu  
de las de su política.  
El pienso, luego existo  
—con su instante de fuga—  
me queda tan lejos como la vida  
improbable del tigre  
que no he visto nunca en la selva canónica  
sino sólo en su jaula  
junto al hueso mordido y las moscas  
persistentes de la quietud,  
o en alguna pantalla  
donde el domador roza  
el mítico colmillo  
con ese dedo meramente humano  
y la sombra del tigre se pasea  
por los rectos barrotes,  
la bestia ya librada de sus músculos  
en esa estancia abierta  
entre las piedras y el techo.

¿Qué existe ahí?  
De la huella a la piel  
sólo unos centímetros de luz  
separan a la visión  
de su propia estrategia  
cuando ve que ve,  
y es tan inverosímil la prueba  
de que el tigre sobrevive  
más allá de mi posesión  
como la leyenda de ese árbol  
—el abedul que no conozco  
o el abeto literario—  
caído en un bosque  
sin que nadie lo perciba,  
aunque pueda ser un hecho  
más inmediato que yo  
porque en un argumento  
la lógica de las palabras  
ya lo ha postulado  
muerto en su hoyo  
con las ramas trizadas  
y el tronco circular

hundido en la tiniebla  
de otras hojas secas,  
quizás de olmo ordinario o de pino.

Pero vuelvo al espíritu.  
O a su política.  
Al oro abstracto  
y a esa población de paja,  
al hábito extravagante  
de una aguja oculta  
perennemente entre las briznas  
y a la alegoría disuelta  
por tanta simpleza.  
El espíritu trasciende, supongo,  
al medieval detenido en su establo,  
el sol sin pascua y el fuego sin creaturas,  
la chispa distante del leño,  
el calor indeseado  
que ilumina la cara  
y una verdad a medias:  
el cráneo con su médula de universo.  
Dura lo que piensa, suave se impone  
esa idea blanca y concubina de sí  
en la brecha, oreja demente  
con el crujido adentro,  
sin tacto para descubrirse,  
como en otro reino animal  
el caballo que rastrea  
del estiércol al pesebre  
los restos de su propio olor  
porque no sabe hacer otra cosa,  
aunque el belfo y la tierra  
también se busquen distintos  
mientras culmina el rastrojo  
con una finta de más en la intemperie,  
extremando la soltura  
del arbusto en su rincón  
hacia donde miro,  
los ojos en la corteza,  
paradoja y viento,  
la raíz cortada de un solo tajo  
y todavía me tengo. —